

Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN
PERIODISMO DEPORTIVO

FACULTAD DE
PERIODISMO
Y COMUNICACIÓN SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

**Sir Arthur Conan
Doyle**
*El señor de
Falconbridge
(1909)*

Tom Cribbe, el campeón de Inglaterra, finalizó su carrera activa luego de los dos famosos combates con el terrible Molineux, entonces, abrió una posada conocida como Union Arms, en la esquina de la calle Panton, en Haymarket. Detrás de la barra, una cortina de paño verde daba paso a un gran salón con las paredes tapizadas de rojo, profusamente adornado con grabados y trofeos —copas y cinturones— que el famoso boxeador había atesorado a lo largo de su victoriosa carrera. En esta cómoda habitación, los miembros de los Corinthians acostumbraban reunirse a beber los excelentes vinos de Cribb y a conversar sobre fútbol: además de seguir las alternativas de los partidos que se estaban jugando, discutían sobre viejos partidos o apostaban sobre los que vendrían. Allí también llegaban otros boxeadores como él, especialmente aquellos que pasaban por momentos difíciles o estaban en la indigencia, porque la generosidad del Campeón era proverbial. Las puertas de su posada estaban siempre abiertas para cualquier boxeador que necesitara una palabra de aliento o una buena comida. En la mañana en cuestión —25 de agosto de 1818— sólo había dos hombres en esta acogedora habitación. Uno de ellos era Cribbs, algo rollizo después de siete años sin el entrenamiento diario. Desde la última pelea, no había vuelto a correr los sesenta y cuatro kilómetros que recorría a diario con el capitán Barclay por los caminos de los Highlands. Era un hombre alto, de cuerpo ancho y entrado en carnes y casi ciento veinte kilos de peso. Sin embargo, su rostro tosco y prominente y sus ojos leoninos demostraban que el espíritu del boxeador seguía prevaleciendo sobre la gordura del posadero. El reloj no daba todavía las once, pero ya tenía un gran jarro de cerveza amarga frente a él, mientras cortaba un rollo de

tabaco negro en rodajas y lo deshacía con sus dedos callosos. A pesar de la ferocidad demostrada en los combates, su aspecto reflejaba lo que era: un hombre bondadoso, alegre y de buen corazón y un comerciante próspero, decente y respetuoso de las leyes. El hombre que lo acompañaba lucía un semblante bien diferente porque estaba en dificultades. Era unos quince años más joven que el campeón, alto y bien formado; su enérgica expresión y sus anchos hombros reflejaban algo de la belleza varonil que había distinguido a Cribb en sus mejores años.

Cualquiera que lo observara, podía reconocer en él a un boxeador de profesión y, considerando su metro ochenta de estatura, sus ochenta y dos kilos de peso, sus sólidos músculos y su armoniosa contextura, cualquier conocedor de boxeo debía admitir que había comenzado su carrera con una ventaja que, sólo con una pizca de empuje y bravura, debía llevarlo muy lejos. Tom Winter, o Spring como hacía llamarse, había llegado de su Herefordshire natal con un interesante récord de triunfos locales, entre los que se contaban las victorias sobre dos formidables pesos pesados de Londres. Tres semanas antes, empero, había sido derrotado por el famoso Painter y ese revés pesaba enormemente en su ánimo. —¡Ánimo, muchacho! —le dijo el campeón, mirando la desconsolada imagen de su acompañante—. No lo tomes tan a pecho, Tom. El joven refunfuñó pero no dijo palabra. —Otros han sido derrotados antes que tú y llegaron a ser campeones de Inglaterra, como yo. En 1805 perdí con George Nicholls en Broadwater. Sin embargo, seguí adelante y aquí estoy. Cuando el gran Black vino de Norteamérica, no fue a buscar a George Nicholls sino a mí. No te des por vencido, porque estoy seguro que vas a seguir mis pasos Tom Spring sacudió la cabeza. —Imposible, papá, porque

para lograrlo tendría que pelear contigo. —No puedo retener el título para siempre, Tom. Es totalmente irrazonable. El año que viene voy a exponer el título en el Fives Courts de Londres y me gustaría que fueras tú quien lo gane. Yo ya no puedo entrenarme para una pelea así. Mis días de boxeo han terminado.

— Corno quieras, papá, pero no voy a pelear hasta que hayas dado un paso al costado por decisión propia. Después, se verá.

— Bueno, Tom, puedes tomar un descanso y esperar tu oportunidad. Mientras tanto, aquí siempre encontrarás un plato de comida y una cama donde dormir. Spring golpeó su puño contra la rodilla.

— ¡Lo sé, papá! Desde que llegué de Fownthorpe has sido un buen padre para mí. — Sé reconocer un ganador cuando lo veo. — ¡Vaya ganador! Derrotado por Ned Painter en cuarenta asaltos. — Pero tú lo habías vencido primero. — Y te juro que le voy a ganar otra vez. — Seguro, muchacho. George Nicholls nunca me dio otra oportunidad. No era ningún tonto. Con el dinero de la pelea compró una carnicería. en Bristol y ahí sigue hasta el día de hoy. —Yo voy a volver a pelear con Painter, pero ahora no tengo ni medio chelín y mis promotores ya no me tienen fe. Si no fuera por ti, estaría durmiendo en la calle.

— ¿No te queda nada, Tom? —Ni para pagar una comida. Dejé hasta mi último penique, y mi buen nombre también, en el ring de Kingston. Y así seguiré, a menos que aparezca otra pelea. Tengo que conseguir un promotor. — ¡Vamos, hombre! La gente que te conoce te va a apoyar, porque eres el número uno, a pesar de Ned Painter. Pero hay otras maneras de ganar dinero. Esta mañana vino una señora preguntando por ti. No era una mujerzuela, sino una persona distinguida, una verdadera dama. El coche que la trajo tenía una corona de la nobleza. —¿Una dama preguntó por mí? El joven se puso de pie. Estaba sorprendido pero también un poco aterrorizado. ¿No estarás sugiriendo-.? — No te estoy sugiriendo nada deshonesto, muchacho. Puedes estar seguro de ello. —Tú dijiste que podía ganar dinero. —Y tal vez te alcance para salir de esta situación. Debe ser por algún asunto relacionado con el boxeo— Ella quería saber tu altura, tu peso y qué opinaba yo sobre tus posibilidades. Te aseguro que mis respuestas te dejaron bien parado. —¿No estaré tratando de arreglar una pelea?

—Bueno, parecía saber mucho de boxeo. Me preguntó también por George Cooper, por Richmond, el Negro, y por Tom Oliver, pero en realidad tú eres quien le interesa. Quería saber si eres el mejor y, sobre todo, si eres digno de confianza. ¡Créeme, Tom! Ni el mismísimo arcángel se compara con la descripción que le hice de ti. El empleado de la barra se asomó por la cortina.

—Disculpe, señor Cribb, el carruaje de la señora ha regresado. El Campeón dejó su larga pipa de arcilla. — ¡Ven conmigo! —dijo, tomando al joven del brazo y conduciéndolo hacia la ventana lateral—. ¡Mira, allí! ¿Alguna vez viste un carruaje más extravagante? ¡Mira los caballos! Esos bayos deben costar doscientas guineas cada uno. Y con cochero y lacayo. No es común ver algo así.

Ahí está ella bajando del carruaje. Espera aquí, muchacho, que primero voy a darle la bienvenida. Tom Cribb salió apresuradamente y el joven Spring permaneció junto a la ventana, dando golpecitos nerviosos en el vidrio. Él era un muchacho de campo, algo simplón y poco conocedor de las mujeres. Por eso, tenía mucho temor de caer en alguna de las trampas de la gran ciudad que siempre pescan desprevenidos a los muchachos como él. Se rumoreaban muchas historias de boxeadores que habían sucumbido ante una mujer adinerada y luego habían sido abandonados por ellas, como ocurrió con los gladiadores durante la decadencia de Roma. La desconfianza y la inquietud se apoderaron de él cuando esta mujer esbelta, cubierta con un velo, entró en la habitación. Sin embargo, la tensión cedió un poco cuando observó la robusta silueta de Tom Cribb caminando justo detrás de ella. La entrevista no sería privada, afortunadamente. Cuando la puerta se cerró, la señora se quitó los guantes con el único propósito de mostrar sus manos relucientes de diamantes. Luego, se quitó el velo y lo dobló delicadamente. Finalmente, giró su cabeza para mirar a Spring. —¿Éste es su hombre? — preguntó ella. Permanecieron de pie, estudiándose con mutuo interés y sintiendo cómo crecía una mutua y calurosa admiración. Ella tenía delante de sí a un joven de lo más refinado que puede encontrarse en Inglaterra, de mejillas sonrosadas y un modo tímido y mesurado que lo hacían muy atractivo. Él, por su parte, observaba a una mujer treintiañera, alta, morena, con un aire regio y arrogante y un bonito rostro, cuyas líneas y rasgos

hablaban del orgullo y la casta de las personas nacidas en las cortes. Si bien podía adivinarse un fuerte instinto de autoridad, tenía los modales de una mujer delicada, lo que le permitía atemperar y disimular la firmeza de su espíritu. Mientras la miraba, Tom Spring pensó que nunca —ni en sueños— había visto a una mujer tan hermosa como ella, pero no podía librarse de esa sensación que lo alentaba a no bajar la guardia. Una hermosa mujer, sin duda, con un rostro increíblemente bello. Pero, ¿cuánto había de bueno, de noble o de auténtico en ella? Una extraña repulsión subconsciente se mezclaba con la admiración que le despertaba su encanto. La dama, por su lado, ya había dejado de evaluar al hombre como tal y lo estudiaba con ojos críticos, como si fuera una máquina destinada a un propósito específico.

— Es un placer conocerlo —señor..., señor Spring —dijo ella, observándolo con la parsimonia de un comerciante que está por comprar un caballo—. No es tan alto como me dio a entender, señor Cribb. Usted dijo un metro ochenta, ¿no es así?

—Efectivamente, señora, aunque no lo parezca. Sólo los tallos de las habichuelas se ven altos. Mire, yo también mido un metro ochenta y nuestras cabezas están al mismo nivel, aunque mi cuerpo está un poco fofo. —¿Y la medida del tórax? —Un metro diez, señora.

— Por cierto, en apariencia eres muy fuerte y espero que también muy atrevido. El joven Spring se encogió de hombros. — No soy yo quien debe decirlo, señora.

— Yo puedo dar fe de ello, señora —dijo Cribb—. Tenga el Sporting Chronicle de hace tres semanas. Lea usted misma cómo enfrentó a Ned Painter hasta perder el sentido. Yo estuve a su lado y lo sé. —Pero fue derrotado —dijo, fríamente—. El hombre que lo venció demostró ser mejor. — Yo no lo creo, señora y, excepto por la opinión del caballero Jackson, la mía es tan válida como la de cualquier otro. Mi muchacho ya derrotó a Painter una vez y volverá a hacerlo, si su señoría está dispuesta a promover la pelea. Enojada, la señora miró al campeón y le dijo: — ¿Por qué me llamó de ese modo? — Le pido perdón. Es sólo una forma de decir. —Le ordeno que no vuelva a hacerlo. — Muy bien, señora.

—Estoy aquí de incógnito, así que exijo que no pregunten mi nombre. Si no me dan su palabra de honor, daré por terminado el asunto.

— Muy bien, señora. En lo que a mí concierne, se lo prometo y estoy seguro de que Spring también lo hará. Pero, para serle franco, lo que no puedo evitar es que mis empleados hablen con sus sirvientes. — El cochero y el lacayo no saben nada de mí, al igual que usted. Como no tengo mucho tiempo, vayamos al grano. Según creo, señor Spring, usted está en la ruina, ¿no es así? — Así es, señora.

— Y entiendo, por lo que me dijo el señor Cribb, que usted puede pelear con cualquier boxeador, no importa la categoría. —Con cualquier criatura de dos patas — afirmó el campeón. —¿Con quién quiere que pelee? — preguntó el joven pugilista.

—Eso no es de su incumbencia. Si usted está realmente listo para pelear con cualquiera, entonces el nombre de esa persona carece de importancia. Tengo mis razones para no revelarlo. — Como usted diga, señora.

—Usted lleva ya unas semanas sin entrenarse. ¿Cuánto tiempo le llevará volver a estar en forma? —Tres o cuatro semanas.

—Bien. Yo le pagaré los gastos de entrenamiento más dos libras por semana. Aquí tiene cinco libras como garantía. La pelea se hará cuando yo considere que está listo y las circunstancias sean favorables. Si gana la pelea, le pagaré cincuenta libras. ¿Está de acuerdo? — Es usted muy generosa, señora.

—Y recuerde, señor Spring, que no lo elegí porque lo considere el mejor hombre — porque hay dos opiniones contrarias al respecto— sino porque tengo entendido que usted es un hombre decente y confiable. Las condiciones de esta pelea deben quedar en secreto.

— Tiene mi palabra.

—Es una pelea privada, eso es todo. Debe comenzar el entrenamiento mañana mismo. —Muy bien, señora. — Le pediré al señor Cribb que sea su entrenador.

—Lo haré con mucho placer, señora. Pero, con su permiso, ¿qué pasa si el muchacho pierde?— Un arrebató de emoción surcó el rostro de la mujer, que apretó los puños con fuerza. —Si pierde, ¡ni un penique! — gritó— ¡No debe perder y no perderá!

—Está bien, señora —dijo Spring—. Esto es nuevo para mí y, como estoy en la miseria, no tengo derecho a elegir. Haré todo lo que usted diga. Me entrenaré hasta que usted diga que es suficiente y pelearé cuando usted lo disponga. Sólo espero que el ring sea lo suficientemente

y pelearé cuando usted lo disponga. Sólo espero que el ring sea lo suficientemente grande. —Así será —dijo ella. — ¿Y a qué distancia de Londres?

—Ciento cincuenta kilómetros, no más. ¿Tiene alguna otra pregunta? Ya debo irme. —Me gustaría preguntarle —dijo el campeón, seriamente— si podré asistirlo en esta pelea, como lo hice en las dos últimas.

— ¡No! —dijo la mujer, bruscamente. Y, sin decir otra palabra, giró sobre sus talones y se marchó, cerrando la puerta detrás de sí. Unos instantes más tarde, el hermoso carruaje pasó raudamente por la ventana, dobló por la ajetreada Haymarket y se perdió en el tráfico. Los dos hombres se miraron en silencio.

— ¡Que me lleve el diablo! Esto parece más ilegal que una riña de gallos! —dijo Tom Cribb, por fin—. Pase lo que pase, las cinco libras son nuestras. Pero hay algo raro en esta pelea, te lo aseguro.

Después de varias consultas, decidieron que Spring se entrenara en el Castle Inn, en Hampstead Heath, para que Cribb pudiera estar presente en los entrenamientos. Hacia allá se dirigió Tom el día después de entrevistarse con su benefactora y comenzó a trabajar de inmediato para ponerse otra vez en forma. Sin embargo, le resultaba difícil tomarse el asunto en serio y lo mismo le ocurría a su afable entrenador.

—Extraño la pipa —dijo el joven, el tercer día de entrenamiento, durante el descanso de la tarde—. No creo que me haga daño fumar un poco, ¿no te parece?

—Bueno, muchacho, va contra mis principios, pero aquí tienes mi caja y mi pipa de barro —dijo el Campeón—. No sé qué diría el capitán Barclay de Ury si encontrara a alguien fumando durante un entrenamiento. Él debería entrenarte. A mí me hizo bajar tres kilos la segunda vez que peleé con Richmond.

Spring encendió la pipa y se recostó, envuelto en una nube de humo negro. —Para ti fue fácil, porque estabas enterado de todo: la fecha, el lugar y el entrenador. Sabías que, un mes después, estarías parado en el ring rodeado de miles de personas y con cien mil libras en apuestas sobre tus espaldas. Hasta conocías a tu contrincante y no le hubieras dado ninguna ventaja. Pero esto es distinto. Por lo que sé, me parece que esta mujer está encaprichada y que este asunto puede terminar en nada. Si estuviera seguro de ella, rompería esta pipa sin fumarla. Tom Cribb se rascó la cabeza en señal de

desconcierto. —Yo no entiendo demasiado, muchacho, excepto que su dinero vale. Si te pones a pensar, ¿cuántos boxeadores están en condiciones de pelear contigo? Stringer no, porque ya le ganaste. Cooper está en Newcastle, así que él no puede ser. Richmond tampoco, porque a él puedes ganarle sin despeinarte. Gasman no es de tu categoría. Queda Bill Neat, de Bristol. Tiene que ser él. La señora quiere que pelees con Gasman o con Bill Neat, seguro. —Y, ¿por qué no lo dijo? Yo me entrenaría duro si fuera Gasman y mucho más duro si tuviera que pelear con Bill Neat, pero si tengo que seguir entrenando así, sin saber con quién voy a pelear, me va a ir mal. Las especulaciones fueron interrumpidas súbitamente por la entrada de la mujer. Cuando los vio, su bello rostro enrojeció de rabia. Se quedó mirándolos en silencio, con una expresión de desprecio que los hizo avergonzar. Se pusieron de pie, con las pipas humeantes en la mano y se arrastraron cabizbajos, como dos grandes mastines frente a una dueña enojada.

—¡Vaya! —dijo ella, pateando furiosamente—. ¿A esto le llaman entrenar? —Le aseguro que lo lamentamos mucho, señora —dijo el campeón, avergonzado—. No creí que... No se me ocurrió ni por un momento que...

—¿Qué cosa? ¿Que vendría a ver con mis propios ojos si me estaban engañando? No, me atrevo a decir que no. ¡Qué necio! —le dijo ella, furiosa, y se volvió súbitamente hacia Tom Spring—. Si sigue así, va perder la pelea y será el fin. El joven levantó la vista y le dejó ver su enojo. —Le ruego que no me insulte, señora. Yo tengo mi orgullo, igual que usted. Sé que no debería fumar mientras entreno, pero antes de que usted llegara estaba diciéndole a Tom que si dejara de tratarnos como niños y me dijera con quién voy a pelear, cuándo y dónde, me sería mucho más fácil concentrarme en lo que debo hacer.

—Es verdad, señora —dijo el campeón—. Yo creo saber de quién se trata: Gasman o Bill Neat. No hay otros. Dígame la verdad y le prometo que, el día de la pelea, el muchacho estará más afinado que un violín. La señora rió con desdén.

—¿Por qué supone que se trata de un boxeador profesional? No son los únicos capaces de pelear —dijo ella.

— ¡Por Dios! No será un amateur—gritó Cribb, asombrado—. Tom Npning no necesita entrenarse tres semanas para

pelear con un boxeador amateur.

—No voy a decir más nada. No es asunto de ustedes — contestó la señora, muy enojada—. Todo lo que puedo decirles es que, si no se en::,-na, lo dejaré de lado y contrataré a alguien que esté dispuesto a hacerlo. .No crea que puede engañarme porque soy mujer. He aprendido los gajes de este oficio tan bien como un hombre. —De eso me di cuenta el primer día —dijo Cribb.

—No lo olvide, entonces. No habrá una segunda advertencia. Si por casualidad los vuelvo a pescar en falta, buscaré a otra persona. — Entonces, ¿no me va a decir con quién voy a pelear?

— Ni una palabra. Pero le puedo asegurar que ni usted, ni ningún otro hombre de Inglaterra, podrá vencerlo fácilmente, aun entrenándose bien. Ahora vuelva inmediatamente a su trabajo y tenga cuidado de que no lo encuentre holgazaneando otra vez. Dicho esto, miró a los hombres con arrogancia, pegó media vuelta y abandonó el lugar. Cuando la puerta se cerró, el campeón largó un silbido y se secó la trence con su pañuelo rojo. Miró al joven, que no salía de su consternación, y le dijo: — Te prometo que de ahora en más trabajaré a conciencia. — Estoy de acuerdo —dijo Spring, solemnemente.

En el transcurso de los siguientes quince días, la señora hizo varias visitas sorpresivas para ver si su campeón se estaba entrenando correctamente. Llegaba en los momentos más inesperados, pero nunca volvió a acusarlos de negligentes, ni a él ni al entrenador. Todos los días, el joven hacía largas sesiones de guantes, caminaba cincuenta kilómetros, corría largas horas detrás del coche del cartero y saltaba a la soga, dejando hasta la última gota de sudor en la tarea. Su entrenador no le permitió aflojar hasta que perdió "el último gramo de grasa de su cuerpo", literalmente hablando, y estuvo listo para pelear. Una sola vez vino acompañada por otra persona. Era un joven alto y elegante, de maneras, aristocráticas, que hubiera sido llamativamente apuesto de no haber sido por el accidente que lo dejó con la nariz destrozada y las facciones asimétricas El hombre se quedó parado en silencio, con los brazos cruzados y la mirada taciturna, observando el espléndido torso del boxeador mientras hacía el trabajo de pesas. —

¿Y, qué te parece? —le preguntó ella. El joven se encogió de hombros. — A mí no me gusta, cara mía. Es inútil que finja lo contrario. — Tiene que gustarte, George. He puesto mi alma en este asunto.

—No es de ingleses hablar así. Es más propio de Lucrecia Borgia y la Italia medieval. Esa manera de amar y odiar al mismo tiempo me parece fuera de lugar en el Londres del siglo XIX. —¿No crees que hay que darle una lección?

—Sí, sí, pero debería de haber otras formas de hacerlo. — Ya lo hicimos a tu manera y no logramos nada. El joven sonrió de un modo grotesco, mientras enrollaba el puño de la camisa y examinaba un agujero del tamaño de una avellana que tenía en la muñeca. —Tienes razón —dijo.

—Tú lo intentaste y fallaste. —Está bien, lo admito. —¿Qué nos queda entonces? ¿Ir a la justicia? —¡Por Dios, no! — Entonces es mi turno, George, y nada podrá impedirlo. — No creo que exista la persona capaz de interponerse en tu camino, cara mía. A mí, ni siquiera se me ocurriría. Pero tengo la sensación de que no seré de gran ayuda.

— Nunca te pedí que me ayudaras.

— No, nunca lo hiciste. Tú eres perfectamente capaz de hacerlo sola. Con tu perdón, creo que aquí no hay más nada que hacer. Volvamos a Londres. Por nada del mundo me perdería a Goldoni en la Ópera. Sin decir más, se retiraron y dejaron que el boxeador siguiera con su entrenamiento. Él, frívolo y diletante; ella, con su rostro inexorable como el destino. Y, entonces, llegó el día en que Cribb pudo anunciarle a su patrona que Tom estaba listo para la pelea.

—Ya no tengo nada más que hacer, señora. Si seguimos una semana lo echaremos a perder. La mujer examinó a Spring con el ojo de una experta.

— Creo que el resultado habla muy bien de usted —dijo ella, final:mente—. Mañana es martes. La pelea se hará el miércoles. —Muy bien, señora. ¿Adónde debemos ir?

—Enseguida le daré las indicaciones y por favor tome nota de todo sin equivocarse. Usted, señor Cribb, llevará al joven al Golden Cross Inn de Charing Cross el miércoles a las nueve horas. Allí tomaremos el coche de Brighton hasta Tunbridge y nos bajaremos en el Royal Oak Arras, donde podrá tomar un refrigerio antes de la pelea. El joven deberá esperar en el Royal Oak Arras hasta que reciba noticias mías, que le enviaré con un mozo de uniforme morado. —¿Y yo? —Usted no va —dijo la mujer.

—Está bien, señora —dijo Cribb—.

Sólo lo acompañaré hasta Tunbridge Wells. Pero sepa que cualquier entrenador quiere estar presente en las peleas de su pupilo.

— Lo lamento mucho. Usted es una persona muy conocida. Si al.77jien se entera de su presencia, enseguida lo sabrá todo el pueblo y eso podría arruinar mis planes. No puede venir y punto. —Como usted diga, pero me pide algo muy difícil.

—Supongo --dijo Spring— que me permitirá llevar mi short de boxeo S• mis zapatillas. — No. Por favor, no traiga nada que pueda delatar su identidad. Quiero que use la misma ropa que usaba el día que lo conocí, como la que usaría un artesano o un trabajador. El rostro de Tom Cribb reflejaba la más absoluta desesperación.

— Lo que usted pretende no es habitual, señora. Le juro que me averguenza verme mezclado en algo así. ¿Dónde se ha visto una pelea sin asistente? Más que una pelea, parece una riña callejera. Ya es tarde para arrepentimientos, pero hubiera deseado no empezar con este asunto. A pesar del profundo recelo profesional del entrenador y su pupilo, prevaleció el deseo imperioso de la mujer y todo se llevó a cabo exactamente como ella lo dispuso. A las nueve de la mañana, Tom Spring se encontraba ya en el coche de Brighthon despidiéndose de Tom Cribb que, rodeado de mozos y palafreneros, había quedado junto a la puerta del Golden Cross. Era esa agradable época del año en que el verano va dando paso al otoño y comienzan a aparecer manchones dorados sobre las hayas y los helechos. Como buen hombre de campo, el joven se sintió mejor no bien comenzaron a alejarse de las ajetreadas calles de Southwark y Lewisham. Maravillado, observaba el glorioso panorama mientras el coche, tirado por cuatro veloces caballos manchados, dejaba atrás los familiares campos de Knowle, cruzaba Riverside Hill y rodeaba las vastas zonas arboladas de Kent. Después de pasar por la escuela de Tonbridge y atravesar Southborough, el coche descendió por un camino curvo y pronunciado flanqueado por montículos de arenisca hasta detenerse en la puerta de una gran posada. El joven descendió del coche, entró en la cafetería y pidió un bistec poco cocido, tal como le había recomendado su entrenador. Todavía no había terminado su refrigerio cuando entró en la estancia un

sirviente de uniforme morado y rostro inexpresivo.

—Disculpe, señor, ¿es usted el señor Spring, Thomas Spring, de Londres? — Ése es mi nombre, joven.

— Por favor, termine de comer, deje pasar una hora y búsqueme en la puerta de la posada. Estaré esperándolo en un faetón para llevarlo directamente a su destino. Spring nunca había tenido temor de subir a un ring. El aliento incondicional de sus promotores, la tensión y los gritos de la multitud y el encuentro con su oponente siempre habían servido de estímulo a su valentía y lo habían empujado a demostrar que era digno de estar allí. Pero esta soledad y esta incertidumbre le resultaban fatales. Se zambulló en un sofá de crin de caballo y trató de dormir un poco, pero su mente no lo dejaba tranquilo. De pronto, alcanzó a ver un rostro enorme y rubicundo que asomaba por el ángulo de la puerta. El hombre, al sentirse observado, entró en el salón. —Disculpe, señor, ¿por casualidad es usted Thomas Spring? — A su servicio ---dijo el joven. ¡Válgame Dios! Es un tremendo honor tenerlo bajo mi techo. Mi nombre es Cordery y soy el dueño de esta antigua posada. Sabía que mis ojos no me engañaban. No soy más que un humilde aficionado al boxeo y recuerdo haberlo visto en Mousley, el pasado septiembre, cuando venció a Jack Stringer, de Rawcliffe. Un buen combate y un hábil planteo, me atrevo a decir. Y, le aseguro que mi opinión tiene su peso, señor, porque en los últimos años no ha habido pelea en Kent o Sussex en la que Joe Cordery no haya estado parado junto al ring. Pregúntele al señor Gregson del Chop-house en Holborn y le dirá quién es el viejo Joe Cordery. A propósito, señor Spring, supongo que anda por aquí en viaje de "negocios", ¿o me equivoco? Hasta un ciego se daría cuenta que ha estado entrenando. Me sentiría muy halagado si me diera la primicia. Spring pensó que, si le decía la verdad, tal vez el dueño de la posada le aportaría más información que la que él tenía para darle. Pero, como era un hombre de palabra, no rompió la promesa que le había hecho a su empleadora.

— Sólo vine a pasar un tranquilo día de campo, señor Cordery. Eso es todo. — ¡Vaya! Yo esperaba que fuera por una pelea...

Tengo un olfato especial para estas cosas, señor Spring, y me pareció haber olido una. Pero, por supuesto, usted lo sabe mejor que yo.

—Está bien, señora —dijo Cribb—.

Sólo lo acompañaré hasta Tunbridge Wells. Pero sepa que cualquier entrenador quiere estar presente en las peleas de su pupilo.

— Lo lamento mucho. Usted es una persona muy conocida. Si al.77jien se entera de su presencia, enseguida lo sabrá todo el pueblo y eso podría arruinar mis planes. No puede venir y punto. —Como usted diga, pero me pide algo muy difícil.

—Supongo --dijo Spring— que me permitirá llevar mi short de boxeo S• mis zapatillas. — No. Por favor, no traiga nada que pueda delatar su identidad. Quiero que use la misma ropa que usaba el día que lo conocí, como la que usaría un artesano o un trabajador. El rostro de Tom Cribb reflejaba la más absoluta desesperación.

— Lo que usted pretende no es habitual, señora. Le juro que me avergüenza verme mezclado en algo así. ¿Dónde se ha visto una pelea sin asistente? Más que una pelea, parece una riña callejera. Ya es tarde para arrepentimientos, pero hubiera deseado no empezar con este asunto. A pesar del profundo recelo profesional del entrenador y su pupilo, prevaleció el deseo imperioso de la mujer y todo se llevó a cabo exactamente como ella lo dispuso. A las nueve de la mañana, Tom Spring se encontraba ya en el coche de Brighthon despidiéndose de Tom Cribb que, rodeado de mozos y palafreneros, había quedado junto a la puerta del Golden Cross. Era esa agradable época del año en que el verano va dando paso al otoño y comienzan a aparecer manchones dorados sobre las hayas y los helechos. Como buen hombre de campo, el joven se sintió mejor no bien comenzaron a alejarse de las ajetreadas calles de Southwark y Lewisham. Maravillado, observaba el glorioso panorama mientras el coche, tirado por cuatro veloces caballos manchados, dejaba atrás los familiares campos de Knowle, cruzaba Riverside Hill y rodeaba las vastas zonas arboladas de Kent. Después de pasar por la escuela de Tonbridge y atravesar Southborough, el coche descendió por un camino curvo y pronunciado flanqueado por montículos de arenisca hasta detenerse en la puerta de una gran posada. El joven descendió del coche, entró en la cafetería y pidió un bistec poco cocido, tal como le había recomendado su entrenador. Todavía no había terminado su refrigerio cuando entró en la estancia un

Tal vez quiera acompañarme esta noche a recorrer los campos de lúpulo. Es la mejor época del año. Tom Spring no era muy hábil para mentir. Es posible que sus vagas excusas no convencieran a Cordery de que su suposición estaba equivocada. En medio de la conversación, llegó el mozo con la noticia de que un faetón lo esperaba en la puerta. El dueño de la posada miró al joven con avidez y suspicacia.

—Creí que me había dicho que no conocía a nadie por estos lugares, señor Spring. —Sólo se trata de un querido amigo que ha enviado su carruaje para buscarme. Probablemente, tome el último coche de regreso al pueblo, así que en una hora o dos estaré aquí para tomar una taza de té con usted. Afuera, un lacayo de uniforme morado lo esperaba en un carruaje de dos hileras de asientos tirado por un fino caballo negro. Tom Spring pensó que debía sentarse en el asiento delantero junto a él, pero el sirviente le susurró que debía viajar en el asiento de atrás porque así se lo habían ordenado. El faetón partió raudamente y el dueño de la posada quedó presa de una gran excitación y más convencido que nunca de que algo estaba por suceder. Corrió hacia el establo, llamando a los gritos a sus palafreneros y, en unos pocos minutos, salió en persecución del carruaje. Se detuvo en cada cruce de caminos para ver si alguien hablaba de un caballo negro y un lacayo de uniforme morado.

El faetón, mientras tanto, circulaba en dirección a Crowborough. Después de hacer unos kilómetros, salió del camino principal y tomó por un sendero angosto surcado por hayas doradas cuyas copa un puente. Por esa especie de túnel dorado, una mujer alta y elegante avanzaba de espaldas al faetón. Cuando llegaron junto a ella, la mujer se corrió a un costado mientras el cochero tiraba de las riendas para detener al caballo.

— Confío en que se encuentre usted en excelente forma — le dijo al joven boxeador, mirándolo seriamente—. ¿Cómo se siente?

— Muy bien, señora, gracias. — Subiré y me sentaré junto a usted, Johnson porque aún falta un buen trecho. Quiero que vaya hacia Lower Warren y luego tome el sendero que rodea el Gravel Hanger. Yo le diré dónde detenerse. Vaya despacio, porque todavía nos quedan veinte minutos. El joven pugilista tenía la sensación de que todo este asunto no era más que un sueño poco ordinario. El carruaje

atravesó un sinnúmero de senderos apartados hasta detenerse frente a un portón con postigos, que llevaba a una plantación de abetos rodeada por un denso matorral. La señora descendió y le hizo un gesto a Spring para que bajara.

—Espérenos sendero abajo —le dijo la señora al cochero—. Estaremos ocupados un buen rato. Ahora, señor Spring, sea tan amable de venir conmigo. He mandado una carta avisando de nuestra llegada. Atravesó velozmente la plantación por un sendero tortuoso, trepó por una escalinata de madera y siguió por otro bosque, donde podían escucharse las graves risas de los campesinos. Más adelante, aparecieron unos magníficos jardines ondulados salpicados de robles, que se extendían hasta una espléndida mansión isabelina, con balcones y balaustradas en todo el frente. Del otro lado de los jardines, una figura solitaria caminaba hacia el bosque. La señora tomó al joven por la muñeca. —Ése es su hombre —le dijo. Desde donde estaban parados, a la sombra de los árboles, podían verlo claramente sin que él los viera a ellos. Tom Spring observó detenidamente al hombre, que todavía se encontraba a unos cientos de metros. Era alto y fuerte y vestía una chaqueta azul con botones dorados que brillaban a la luz del sol, unos pantalones de pana blancos y botas de montar. Caminaba con pasos vigorosos y cada tanto golpeaba la pierna con un látigo que colgaba de su muñeca. Su aspecto y compostura parecían sugerir una firme determinación y una gran energía. —¡Pero si es un caballero! —dijo Spring—. Disculpe, señora, pero creo que este hombre no pertenece al ambiente del boxeo. Yo no deseo hacerle daño y supongo que él tampoco a mí. ¿Qué se supone que haga con él? —¡Pelee con él! ¡Destruyalo! Para eso lo he traído. Tom Spring giró sobre sus talones. Estaba disgustado.

—Yo vine a pelear, señora, y no a destruir a un hombre. No cuente conmigo. — A usted no le agrada el aspecto de ese hombre, pero sepa que él es capaz de vencerlo —dijo la señora por lo bajo.

— Como sea. Pero esto no es una pelea. El rostro de la mujer palideció por el enojo y la exasperación.

— ¡No sea tonto! —gritó ella—. ¿Va a arruinar todo a último momento? Aquí, tengo un billete de cincuenta libras para usted.

— Sería una canallada propia de cobardes. —¿De

cobardes? Usted le está dando doce kilos de ventaja y él puede derrotar a cualquier amateur de Inglaterra.

El joven sintió un cierto alivio. Después de todo, si quería ganar las cincuenta libras honestamente, debía ganar la pelea. Si solo estuviera seguro de que su adversario estaba a su altura y dispuesto a pelear... — ¿Cómo sabe que es tan bueno? —preguntó el joven. — Lo sé, porque soy su esposa. Mientras hablaba, se dio vuelta y corrió hacia los arbustos. Ahora, el hombre se hallaba bastante cerca y, al verlo, Tom Spring perdió en parte sus miramientos. Tendría alrededor de treinta años. Era fuerte y de gran contextura, de rostro brutal con cejas espesas y labios apretados. Debía pesar no menos de noventa y cinco kilos y se movía con la agilidad de un atleta bien entrenado. Cuando divisó la figura de Spring entre los árboles, aceleró su paso y saltó sobre las escalinatas que los separaban. —¡Oiga! —dijo, frenando unos metros antes y mirándolo de arriba abajo—. ¿Quién diablos es usted y de dónde viene? ¿Qué cuernos está haciendo en mi propiedad? Sus gestos eran todavía más ofensivos que sus palabras. Las mejillas de Spring se encendieron de furia.

— Mire, señor, no cuesta nada ser educado. No tiene derecho a hablarme de ese modo. —¡Usted es un sinvergüenza! —gritó el otro—. Lo voy a echar a patadas de mi plantación. ¿Cómo se atreve a meterse en mi propiedad y hablarme de ese modo? —Avanzó amenazante hacia el joven con el látigo a media altura.

—¿Qué espera para retirarse? —le gritó, mientras lanzaba un puñetazo al aire. Por las dudas, Tom Spring se tiró hacia atrás para eludir el golpe. —Tranquílcese, señor —dijo el joven—. Es lógico que se enoje. Me llamo Spring y soy boxeador. Tal vez haya escuchado hablar de mí.

— Me imaginé que sena uno de esos granujas —dijo el hombre—. Ya peleé con uno o dos boxeadores en el pasado y nunca encontré uno que resista más de cinco minutos. Tal vez quiera hacer la prueba.

—Si usted me golpea con ese látigo... — ¡Usted se lo buscó! ---dijo y le dio un golpe artero en el hombro—. ¿Quierepelear conmigo? — A eso vine —dijo Spring, mojóndose los labios con la lengua—. Puede tirar ese látigo, señor, porque vine a pelear con usted. Me he entrenado para ello, así que si le dov una paliza, no me culpe. El hombre se quitó la chaqueta azul y el chaleco espigado de satén y los colgó en la rama

de un aliso.

— ¡Así que se ha entrenado! —murmuró—. Ya va a ver lo que es un entrenamiento antes que termine con usted.

Los resquemores de Spring se calmaron cuando vio el aplomo de su adversario. Primero, se quitó la corbata negra de satén, que tenía un enorme y resplandeciente rubí en el centro, y, luego, el cuello de la camisa. Entonces, pudo comprobar el espléndido estado físico de su adversario. Después, y con absoluta premeditación, se desabrochó los gemelos de oro y enrolló las mangas de la camisa, dejando a la vista unos brazos velludos y musculosos que podrían servir de modelo a un escultor.

— Acérquese a las escalinatas —le dijo al joven, cuando terminó de quitarse la ropa—. Aquí hay más espacio. El joven pugilista se había desvestido al mismo tiempo que su formidable adversario. Colgó el sombrero, la chaqueta y el chaleco en los arbustos y avanzó hacia el espacio abierto que el otro hombre le había señalado.

—¿Pelemos limpio o vale todo? —preguntó el pugilista amateur, fríamente. —Pelemos limpio. Perfecto —dijo el otro—. Póngase en guardia, Spring, y pegue. Se pararon frente a frente, sobre un círculo de césped por el que cruzaba el sendero que conducía al bosque— El hombre, había abandonado la mirada insolente y arrogante y sonreía burlonamente con los labios medio entreabiertos. Los ojos le brillaban con fiereza debajo de las cejas tupidas. Por la forma de pararse, era evidente que el hombre era un experto en este deporte. Tom Spring comenzó a mover sus pies a derecha e izquierda buscando un resquicio por donde atacar. De pronto, se percató de que ni Stringer ni el temible Painter conocían su oficio como el adversario que tenía delante. Se paraba con la izquierda bien adelante y la guardia baja, el cuerpo tirado hacia atrás desde la cintura y la cabeza lejos del alcance de sus puños. El joven golpeó primero: un golpe ligero a la altura de la cintura y otro golpe al rostro. Inmediatamente, su adversario se abalanzó sobre él con una lluvia de golpes como mazazos que esquivó con mucho esfuerzo. Intentó

replegarse, pero no había manera de alejarse de ese torbellino de músculos y huesos. Con un fuerte golpe, el hombre desarmó su guardia y un segundo golpe dio de lleno en su hombro; el joven trató de alejarse y sacárselo de encima. Un minuto después, los dos boxeadores

estaban nuevamente en posición y mirándose encolerizadamente. Por cierto, el amateur no sólo era más pesado, sino además más duro y más fuerte. Volteó a Spring dos veces más, una por la fuerza del golpe y la otra encerrándolo y arrojándolo violentamente hacia atrás. Esas caídas podrían haber significado el fin de la pelea para un hombre menos entrenado, pero para Tom Spring no fueron sino gajes del oficio. Lastimado y jadeando, volvió a ponerse de pie rápidamente. La boca le sangraba, pero sus inmutables ojos azules denotaban que su espíritu estaba intacto. A esa altura, ya se había acostumbrado a los rápidos ataques de su oponente y estaba preparado para recibirlos. En el cuarto asalto, los ataques seguían siendo iguales, pero su defensa había cambiado. Hasta allí, el joven había permitido que el otro tomara la ofensiva. Esta vez, se mantuvo firme, sin ceder su posición. Cuando su oponente se abalanzó sobre él, le descargó un tremendo golpe recto de izquierda que lo sacudió fuertemente. Tan fuerte fue el impacto lo hizo retroceder sobre el círculo de césped. El hombre, por su parte, dio unos pasos titubeantes hacia un árbol, se recostó sobre el tronco de éste y se llevó las manos al rostro.

—Será mejor que abandone —dijo Spring— o lo acribillaré a golpes. Ofuscado, su contrincante le lanzó una maldición y escupió sangre por la boca.

—¡A ver! ¡Pega! —le dijo.

A pesar de su ventaja, el joven comprendió lo difícil de su tarea. Alertado por el contratiempo anterior, el hombre desistió de su intención de ganar la pelea rápidamente, o incluso de noquearlo —como hubiera hecho con algunos de esos petimetres que encontraba en las ferias locales —, porque el joven era un boxeador hecho y derecho. No peleaba sólo con los puños, sino además con la mente y los pies. Spring, por su parte, tuvo que admitir que este hombre sería un boxeador de primera si se entrenara como es debido. Su defensa era consistente, su contragolpe rápido como un relámpago, aguantaba los golpes como si fuera de hierro y, cuando se sentía seguro, atacaba a su contrincante y podía incluso derribarlo estrepitosamente. Lamentablemente, antes de aprender a respetar a su joven adversario, había recibido ese tremendo golpe que lo había afectado mucho. Ya no tenía la misma velocidad de reacción y sus golpes no

eran tan punzantes. Además, estaba peleando con un verdadero boxeador que —a diferencia de otros grandes boxeadores que conocía— no sólo e sino que nunca se daba por vencido ni dejaba escapar una ventaja una vez que la tenía en sus manos. Lentamente, paso a paso, asalto por asalto, los golpes fríos y agudos y los pasos rápidos del joven lo habían ido desgastando. Estaba en el límite de la resistencia humana. Su joven adversario estaba allí de pie, esperándolo, lastimado y golpeado, pero más frío, listo y peligroso que nunca.

— Le prevengo que será mejor que abandone —le dijo—. Dése por vencido. Pero el hombre, herido en su hombría, se negaba a aceptarlo. Con un gruñido feroz, dejó de lado su destreza y se lanzó enloquecidamente a golpearlo con las dos manos.

Por un instante, Spring sintió que el otro podía superarlo. Entonces, dio un paso rápido al costado y lo golpeó con toda su fuerza. El boxeador amateur levantó sus brazos y cayó despatarrado en el piso, con las piernas extendidas y el rostro desfigurado mirando al cielo. Tom Spring se quedó mirando a su adversario que yacía inconsciente.

Entonces, una mano suave y cálida tocó su brazo desnudo. La mujer estaba detrás de él.

— ¡Aproveche, ahora! —le gritó ella, con los ojos enardecidos—. ¡Destruyalo! Spring la empujó con un grito de disgusto, pero ella volvió a la carga inmediatamente.

— Le daré setenta y cinco libras. —La pelea ha terminado, señora. No puedo seguir pegándole. — ¡Cien libras! Las tengo aquí, guardadas en el sostén. No puede rechazar cien libras. Cuando el joven se dio vuelta, ella pasó velozmente junto a él e intentó patear al hombre en la cara. Spring la empujó con violencia para evitar que le hiciera daño.

—¡Aléjese! —gritó el joven, dándole un sacudón—. Debiera darle vergüenza golpear a un hombre caído.

El hombre, que estaba herido, giró sobre un costado con un quejido, se sentó lentamente y se pasó la mano húmeda por el rostro. Finalmente, logró ponerse de pie a los tumbos.

— ¡Bueno! Fue una pelea justa —dijo, encogiéndose de hombros—. No tengo nada de qué quejarme. Alguna vez fui el pupilo preferido de Jackson, pero reconozco que usted es mejor que yo. De pronto, sus ojos se iluminaron al ver el rostro furioso de la mujer.

—¡Hola, Betty! —le dijo—. Tengo que darte las gracias.

Debí haberlo adivinado cuando recibí tu carta.

— Sí, mi señor —dijo ella, con una reverencia burlona—. A mí es a quien tienes que agradecer. Fui yo, tu pequeña esposa, quien ideó todo. Estaba escondida detrás de los arbustos mientras el joven te golpeaba como a un perro. No te pegó tanto como yo lo había planeado, pero creo que pasará algún tiempo antes de que una mujer se fije en ti por tu apariencia. ¿Recuerdas las palabras, mi señor? ¿Las recuerdas? Durante unos instantes permaneció allí, aturdido. Luego, levantó el látigo del piso y la miró seriamente.

—¡Eres el diablo mismo! —le dijo. — Me pregunto qué pensará la institutriz --dijo ella.

En un arrebato de ira se abalanzó sobre ella, látigo en mano. Tom Spring pegó un salto y se interpuso entre ellos con los brazos extendidos.

—No lo haga, señor. No puedo permitirlo. Encolerizado, el hombre miró a su mujer por encima de los hombros de Spring. —¡Todo sea por George! —dijo él, riendo amargamente—. El pobre George, con su nariz rota, como si hubiera chocado contra una pared. Se diría que tu George no es demasiado hombre y tuviste que buscar un boxeador, ¿no es así?

— ¡Mentiroso! —dijo ella, con un hilo de voz. —¿He ofendido tu orgullo? Pues bien, los acusaré a ambos de entrar ilegalmente a mi propiedad y atacarme. ¡Será algo digno de verse! —No te atreverás, John.

— ¿No? Espera aquí unos minutos y verás de lo que soy capaz. Tomó sus ropas de los arbustos y, lo más rápido que pudo, atravesó el campo a los tumbos mientras hacía sonar un silbato. —¡Rápido! ¡Rápido! —gritó la mujer—. No hay tiempo que perder. — Su rostro estaba lívido y su cuerpo temblaba y jadeaba de temor. —Va a poner a todo el pueblo en mi contra. Será horrible, horrible. Ella se lanzó a toda velocidad por el sinuoso sendero y Spring la seguía detrás, mientras se ponía la ropa. En un campo a su derecha vieron a un guardabosque que corría presuroso en dirección al sonido del silbato, escopeta en mano. Dos campesinos, que se encontraban apilando el heno, dejaron las horquillas y se pusieron a observar la escena. En el sendero no había gente; sólo el faetón que los estaba aguardando. El caballo pastaba al costado del camino y el cochero dormitaba en el pescante. La mujer se trepó

ágilmente y le indicó a Spring que se parara junto a la rueda.

—Aquí tiene sus cincuenta libras —dijo ella, entregándole un billete—. Fue muy tonto de su parte no aceptar las cien libras, cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Nuestro negocio ha concluido.

—Pero, ¿y ahora qué hago? —preguntó el joven boxeador, mirando los senderos zigzagueantes que había a su alrededor.

— ¡Váyase al diablo! —le dijo ella—. ¡Adelante, Johnson! El faetón arrancó velozmente y desapareció en la primera curva. Tom Spring quedó allí, en soledad. Por todo el campo se escuchaban gritos y silbatos. Era evidente que la señora no estaba dispuesta a compartir el destino del joven y que le resultaban indiferentes los problemas que le había causado. Él mismo comenzó a sentirse indiferente. Estaba muerto de agotamiento, le dolía la cabeza por los golpes y las caídas y sus sentimientos estaban en carne viva por tanto maltrato. Caminó despacio por el sendero unos cientos de metros, pero sin saber qué camino tomar para volver a Tunbridge Wells. A la distancia, escuchó el aullido de los perros y supuso que los habían soltado para seguir su rastro. De ser así, era inútil tratar de escapar y más le valía esperarlos allí mismo donde se encontraba. Arrancó una pesada vara del cerco y se sentó a esperar, de muy mal humor y en un peligroso estado de furia, lo que pudiera acontecer. Sin embargo, no fue el enemigo quien primero apareció. Por una esquina del sendero, dobló un pequeño coche de dos ruedas tirado por un petiso de color castaño que trotaba velozmente. El conductor no era otro que el rubicundo dueño del Royal Oak, que blandía el látigo y miraba hacia atrás a cada rato para ver si lo seguían.

—¡Suba rápido, señor Spring! ¡Salte! —gritó, mientras tiraba de las riendas—. Me vienen persiguiendo. Perros y hombres. ¡Larguémonos de aquí! ¡Arre, Ginger!

Sin hablar una palabra, se alejaron unos tres kilómetros a toda velocidad hasta llegar sanos y salvos al camino de Brighton. Entonces, el señor Cordery aflojó las riendas sobre las ancas del pony y palmeó a Spring en el hombro con sus manos regordetas.

— ¡Espléndido! —gritó, con el rostro encendido por el éxtasis—. ¡Oh, Dios mío! ¡Eso sí que fue maravilloso!

—Pero... —dijo Spring— no me va a decir que presenció la

pelea. —No me perdí ni un asalto. Le aseguro que nunca creí que viviría para ver una pelea como ésta. Fue grandioso —gritó, sumergido en un delirio de placer— ver a su excelencia caer tumbado como un buey y a su señora aplaudiendo detrás de los arbustos. Sabía que algo estaba por pasar y los seguí todo el camino. Cuando se detuvieron, até a Ginger en una arboleda y los seguí a través del bosque, arrastrándome por el piso. En realidad, no hacía falta porque todo el mundo estaba allí.

—¿Su excelencia? —dijo el joven, sorprendido. — Ni más ni menos, muchacho. El señor de Falconbridge, presidente del tribunal, vicedirector del condado y miembro de la realeza. ¡Ése es su hombre!

— ¡Buen Dios! — ¿No lo sabía? Mejor así, porque de haberlo sabido no lo hubiera golpeado como lo hizo. Y, en vez de vencerlo, él lo hubiera vencido a usted. Ningún hombre de este condado le ha ganado jamás. Él puede pelear con dos o tres personas a la vez, cazadores furtivos o gitanos, da igual. Es el terror del lugar. Pero usted lo venció... y en buena ley. ¡Fue algo digno de verse! Tom Spring estaba tan estupefacto por lo que escuchaba que sólo atinó a quedarse sentado y pensar. Recién cuando estuvo de regreso en la comodidad de la posada, luego de un baño y una sólida comida, mandó a llamar al dueño de la posada y le confió todos los acontecimientos que llevaron hasta su memorable experiencia y le pidió que le contara lo que sabía al respecto. Cordery escuchó la historia con vivo interés y muchas risas. Finalmente, dejó la habitación y volvió con un periódico ajado, que alisó sobre su falda.

—Es el Pantiles Gazette, señor Spring, el panfleto más horrible del mundo. Si se hubieran enterado de lo sucedido, hubieran publicado alguna columna sobre ello. En el condado nadie habla y tampoco sus excelencias, aunque él levantó un gran revuelo por causa suya. Aquí está, señor Spring. Yo se lo leo mientras usted fuma su pipa. Está fechado en julio del año pasado y dice: "GRESCA EN LA CLASE ALTA. Es un secreto a voces que las diferencias entre el Señor de F. y su bella esposa han llegado a un punto crítico en los últimos días. La devoción de su señoría por los deportes Y. según se rumorea, las atenciones que ha tenido con un miembro del personal doméstico de su mansión, han alejado afectivamente a la

ágilmente y le indicó a Spring que se parara junto a la rueda.

—Aquí tiene sus cincuenta libras —dijo ella, entregándole un billete—. Fue muy tonto de su parte no aceptar las cien libras, cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Nuestro negocio ha concluido.

—Pero, ¿y ahora qué hago? —preguntó el joven boxeador, mirando los senderos zigzagueantes que había a su alrededor.

— ¡Váyase al diablo! —le dijo ella—. ¡Adelante, Johnson! El faetón arrancó velozmente y desapareció en la primera curva. Tom Spring quedó allí, en soledad. Por todo el campo se escuchaban gritos y silbatos. Era evidente que la señora no estaba dispuesta a compartir el destino del joven y que le resultaban indiferentes los problemas que le había causado. Él mismo comenzó a sentirse indiferente. Estaba muerto de agotamiento, le dolía la cabeza por los golpes y las caídas y sus sentimientos estaban en carne viva por tanto maltrato. Caminó despacio por el sendero unos cientos de metros, pero sin saber qué camino tomar para volver a Tunbridge Wells. A la distancia, escuchó el aullido de los perros y supuso que los habían soltado para seguir su rastro. De ser así, era inútil tratar de escapar y más le valía esperarlos allí mismo donde se encontraba. Arrancó una pesada vara del cerco y se sentó a esperar, de muy mal humor y en un peligroso estado de furia, lo que pudiera acontecer. Sin embargo, no fue el enemigo quien primero apareció. Por una esquina del sendero, dobló un pequeño coche de dos ruedas tirado por un petiso de color castaño que trotaba velozmente. El conductor no era otro que el rubicundo dueño del Royal Oak, que blandía el látigo y miraba hacia atrás a cada rato para ver si lo seguían.

—¡Suba rápido, señor Spring! ¡Salte! —gritó, mientras tiraba de las riendas—. Me vienen persiguiendo. Perros y hombres. ¡Larguémonos de aquí! ¡Arre, Ginger!

Sin hablar una palabra, se alejaron unos tres kilómetros a toda velocidad hasta llegar sanos y salvos al camino de Brighton. Entonces, el señor Cordery aflojó las riendas sobre las ancas del pony y palmeó a Spring en el hombro con sus manos regordetas.

— ¡Espléndido! —gritó, con el rostro encendido por el éxtasis—. ¡Oh, Dios mío! ¡Eso sí que fue maravilloso!

—Pero... —dijo Spring— no me va a decir que presencié la

señora F. de su esposo desde hace tiempo. Se dice que últimamente ella ha buscado consuelo y amistad en un caballero a quien llamaremos George W—n. Sir George, un famoso donjuán y uno de los hombres más apuestos de Inglaterra, ha asumido gentilmente la tarea de consolar a la desconsolada señora. El resultado, empero, ha sido muy desgraciado, tanto para los sentimientos de la señora como para la belleza del caballero. Los dos amigos fueron sorprendidos por el mismo señor de F. y un grupo de sirvientes en una cita amorosa cerca de la mansión. A pesar de los gritos de la señora de F., en ese mismo instante y en ese mismo lugar, haciendo uso de su fuerza y habilidad, el señor de F. le propinó una terrible golpiza al desafortunado Lotario para que —según sus propias palabras— ninguna otra mujer vuelva a enamorarse de él por su apariencia. La señora de F. ha abandonado a su señoría y se ha trasladado a Londres donde, sin lugar a dudas, se ocupa de cuidar al estropeado Apolo. Seguramente, como resultado de este affaire, habrá un duelo entre los dos caballeros, pero hasta el momento de ir a imprenta no hemos recibido ninguna información al respecto."

El dueño de la posada cerró el periódico y le dijo:

—Parece, señor Spring, que se ha visto mezclado con la clase alta.

El joven pugilista se pasó la mano por el rostro golpeado y contestó: —Verá, señor Cordery, creo que será mejor volver a la clase baja donde pertenezco.